

DÍAZ MATTEI, Andrea; OLLERO LOBATO, Francisco; QUILES GARCÍA, Fernando, *Alarifes Ruíz Florindo. Arquitectura barroca desde Fuentes de Andalucía*. Sevilla: Diputación de Sevilla-Universidad Pablo de Olavide, 2023, 164 pp.

El Servicio de Archivo y Publicaciones de la Diputación de Sevilla y la Universidad Pablo de Olavide presentan esta obra de Andrea Díaz Mattei, Francisco Ollero Lobato y Fernando Quiles García titulada *Alarifes Ruíz Florindo. Arquitectura barroca desde Fuentes de Andalucía*. Se trata del catálogo de la exposición del mismo título, organizada entre el 28 de junio y el 4 de septiembre de 2022 en la Casa de la Provincia de la Diputación de Sevilla. La exposición se proyectó con el asesoramiento museográfico de Andrea Díaz Mattei y las investigaciones de los profesores de la Universidad Pablo de Olavide Francisco Ollero Lobato y Fernando Quiles García, en torno a la saga de los Ruíz Florindo y su repercusión en el barroco rural sevillano del siglo XVIII.

Los Ruíz Florindo desarrollaron un estilo constructivo y decorativo caracterizado por el uso del ladrillo cocido, cortado y tallado en la composición y ornamentos de fachadas, portadas, patios y torres, en consonancia con el lenguaje arquitectónico que había arraigado en el entorno de la Campiña sevillana. La libertad creadora y el equilibrio formal con el que componían sus fachadas y portadas, inspiradas en la retabística barroca, contrasta con la imposición académica del lenguaje neoclásico, revestido de razón y eficacia, del último cuarto del siglo de las luces.

Dadas las características de la publicación, los autores explican de manera rigurosa, pero a la vez sencilla y accesible, la iconografía y la iconología arquitectónica de la obra de los Ruíz Florindo, permitiéndonos apreciar la evolución desde la exuberancia barroca de la primera mitad del siglo, hasta la simplificación de las formas y la composición en sus postrimerías, en consonancia con el espíritu neoclásico.

Comienza analizando el núcleo geográfico principal de los Ruíz Florindo, Fuentes de Andalucía, así como algunos de sus hitos arquitectónicos. En el capítulo dedicado a la saga, se menciona a Juan Ruíz Florindo (1699-1753), Alonso Ruíz Florindo (1722-1786), Cristóbal Ruíz Florindo (1724-1786), Antonio Ruíz Florindo (1746-1814) y Alonso Ruíz Florindo de Carmona (1753-1793).

Juan Ruíz Florindo (1699-1753) desarrolla un lenguaje cercano a los diseños ornamentales y arquitectónicos más enraizados en el barroco andaluz del siglo XVII. Incorpora cajas de decoración vegetal sobre soportes con almohadillados –característicos de la primera etapa de evolución del estilo (Sancho Corbacho, *Arquitectura barroca sevillana del siglo XVIII*, 1952: 14)–, así como la pilastra de apariencia salomónica y el arco trilobulado –presente en Leonardo de Figueroa–. Entre sus obras destacan: la desaparecida Casa de la calle San Antonio y el Convento de San José de Mercedarios, de Fuentes de Andalucía, 1737; así como la Casa de los Marqueses de la Peña de los Enamorados, de Arahál, ca. 1740.

Alonso Ruíz Florindo (1722-1786) es el maestro más notable de la familia. Según los autores, «manifiesta un

profundo conocimiento del lenguaje arquitectónico, cuyos elementos altera con elegancia en las portadas y los ejes verticales de vanos entre alturas» (p. 41). Sobresale el tono elaborado de su lenguaje compositivo y de los elementos ornamentales en su arquitectura no sólo por la variedad de los recursos, sino por la complejidad de los trazados y la articulación de la composición estética en favor de unos efectos visuales que contribuyen a la suntuosidad. Se resaltan las siguientes obras: Casa palacio de la familia Fernández de Peñaranda, en Fuentes de Andalucía, 1753; Casa palacio de la familia León y Orbaneja, en Fuentes de Andalucía, entre 1750-1760; Casa de la calle Aguabajo, de Écija; Palacio de Almenara Alta de la calle Mármoles, de Écija, ca. 1760; y la Casa de la calle Carrera, de Fuentes de Andalucía, ca. 1760. Respecto de su obra religiosa, se referencian la Ermita de San Francisco, en Fuentes de Andalucía, 1752-1758; la Iglesia del Santo Cristo y el Hospital de la Misericordia, en Arahal, ca. 1760; ampliaciones y torre de la Iglesia parroquial de Fuentes de Andalucía; la Iglesia parroquial de La Asunción, en Palma del Río; la Capilla de la Vera-Cruz, de Arahal, ca. 1780; el proyecto de Ayuntamiento para Fuentes de Andalucía, 1763; y los proyectos para las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, 1770-1780.

Su hijo, Alonso Ruiz Florindo de Carmona (1753-1793), y su hermano, Cristóbal Ruiz Florindo (1724-1786), desarrollan su labor a su estela. Manifiestan una tendencia al recato ornamental, en consonancia con los nuevos ideales estéticos regulados por la Real Academia. Esto repercute en la imagen

de unas edificaciones bajo imperativos de utilidad orillando arraigos contextuales. Destacan dos portadas en la Iglesia parroquial de Fuentes de Andalucía, 1780-1784 –bajo la dirección de Antonio de Figueroa–; el Pósito y Carnicería, de Fuentes de Andalucía, 1790-1791; y la Casa de la familia Gil de Gibaja, en La Campana.

Antonio Ruiz Florindo (1746-1814) evoluciona su lenguaje cuando sale del entorno geográfico de la saga familiar, recalando en la bahía de Cádiz. El barroco de la Cilla del Cabildo de Osuna – con Ambrosio de Figueroa–, ca. 1773; la Casa Noble del Pozo Dulce, de Arahal; la Capilla de los Desamparados de la Iglesia de San Sebastián, de Marchena; y el Convento de la Merced, de Osuna, 1768-1775, y de Cartaya, 1775-1778; contrasta, ya en tierras gaditanas, con obras de arquitectura pública desarrolladas bajo la dirección de Torcuato Benjumeda, como el Acueducto de la Fuente del Rey, de Algeciras, 1779-1783; el plano del Trocadero, 1787; la Plaza de Abastos, 1791-1802; el Muelle, 1798-1801; o la Capilla de los Servitas de la Iglesia parroquial de Puerto Real, 1782-1795.

Teodoro Falcón alude a la disparidad entre el neoclasicismo proyectado por los arquitectos académicos y la persistencia barroca de los maestros alarifes (Falcón, *Pedro de Silva. Arquitecto andaluz del siglo XVIII*, 1979: 23). Por su parte Francisco Ollero señala que la Ilustración, con todas sus virtudes de racionalización espacial y eficacia profesional –p. ej. Van der Borcht, Lucas Cintora, José Echamorro– puestas de manifiesto a partir de las dificultades técnicas planteadas durante los procesos de rehabilitación a consecuencia

del terremoto de Lisboa, fue sin embargo incapaz de convivir con una realidad social a la que no podía cambiar, aunque transformara su escenario urbano. El conflicto social y cultural de esta manifestación del despotismo ilustrado era inevitable (Ollero, *Cultura artística y Arquitectura en la Sevilla de la Ilustración, 1775-1808*, 2004: 13, 31 y ss.). En este tiempo que se abre no hay lugar al ensueño, al capricho ni al ornato; el nuevo lenguaje acusa de delirio a esa fugacidad barroca aportando eficacia, estética y moralidad en aras de una perpetuidad clásica: «la geometría es el lenguaje de la razón en el universo de los signos» (Starobinski, *1789, los emblemas de la razón*, 1988: 41). Esto sin embargo conllevó, entre otras circunstancias, una compleja asimilación de la racionalización cultural, «por cuanto entrañaba el sacrificio de elementos religiosos, mitológicos y poéticos arraigados en una potente tradición histórica» (Subirats, *Metamorfosis de la cultura moderna*, 1991: 100). Como

apunta Alfredo Morales, «el fuerte arraigo popular de dicho arte hará que las disposiciones de la Real Academia encuentren escaso eco en determinados círculos artísticos y que, en el medio rural, sobre todo, el gusto y el sentir barroco pervivan con fuerza» (Morales, *La piel de la arquitectura. Yserías sevillanas de los siglos XVII y XVIII*, 2010: 202). Y es que, como afirma Antonio Luis Ampliato, «la arquitectura, como todo lenguaje, es un mundo de valores relativos en el que los significados surgen de un juego de resonancias contextuales» (Ampliato Briones, *La Giralda renacentista*, 2011: 68-69). La evolución desarrollada por los Ruiz Florindo ilustra ese tránsito; un lenguaje que, a pesar de la animadversión con que fue valorado también por las élites culturales del XIX, regresó con la evocación arquitectónica del regionalismo, particularmente desarrollado, en este caso concreto, por Juan Talavera Heredia.

Manuel CARBAJOSA AGUILERA